

2

JAMÁS
OLVIDO
UNA CARA

Isabel Alonso

MARCO POLO

JAMÁS
OLVIDO
UNA
CARA

Isabel Alonso

marenostrium



Jamás olvido una cara

ISABEL ALONSO



*A Pablo y Guillermo, mis queridísimos hijos.
Y a Dani y Laura, Lucía, Daniel y Elena, Bea y Juance,
y al chiquitín... que tomarán el relevo.
Pero aún no, aún no.*

*Doy las gracias a Pilar e Inmaculada,
y a los amigos de Canarias que me
enseñaron algunos secretos de navegación.*

LAS OSCURAS AGUAS del muelle escupieron a la superficie el cuerpo de la chica que, por unos instantes, quedó flotando boca abajo entre los peces muertos que chocaban contra la quilla del viejo mercante, mecidos por el movimiento incesante del mar. Pero aunque aquella noche una espesa bruma lo confundía todo, un marinero noctámbulo alcanzó a distinguir el sombrío bulto a la deriva, consiguiendo que los reflectores del buque iluminaran con su luz blanquecina las aguas grasientas que lamían la rancia madera del casco, dejando en la más absoluta negrura el resto del puerto, mudo y ciego en la noche sin luna.

El capitán del navío se apresuró a pedir ayuda, pero en cuanto se oyeron las primeras sirenas fue a refugiarse al puente de mando desde donde observó la operación de socorro protegido por un fuerte contraluz, ajeno al inquietante efecto que producía su sombra capaz de quebrarse hasta alcanzar la rosa de los vientos pintada más allá de la borda, justo por encima de las letras rojo escarlata que componían un nombre: *Marco Polo*.

PRÓLOGO

EL POTENTE PUNTO de luz emitía una claridad tan cegadora que Pablo tuvo que cerrar los ojos con fuerza para no despertarse. Pero el teléfono sonaba con machacona insistencia muy cerca de sus oídos y, al final, se incorporó.

Eran poco más de las cinco de la mañana cuando Vilches, el director de la agencia de detectives para quien trabajaba, le ordenó coger el primer vuelo hacia Barcelona con el encargo de averiguar qué le había sucedido a Lorena San Juan y, en la medida de lo posible, recuperar el caso que ella acababa de perder, según todos los indicios, por defunción.

La chica era uno de los más recientes fichajes de la agencia y aunque trabajó en la policía unos años, no había tenido tiempo de demostrar si encajaba en el nuevo oficio. Pero a Pablo le caía bien; era una de esas jóvenes decididas a abrirse camino por sus propios méritos y eso le hizo suponer que, aparte de los más evidentes, no carecía de ellos.

Cuando colgó el teléfono y dejó que las primeras gotas de la ducha mojaran su rostro, se dio cuenta de cuánto le había impresionado la noticia.

La brusca manera de despertarse le había dejado la sensación de haber presenciado en sueños todo lo sucedido: el muelle habitado por sombras, el golpe seco y certero, el cuerpo flotando junto a los peces a la deriva, el rostro hinchado de la chica iluminado por una luz blanquecina...

Pero en la realidad, el hallazgo había sido muy rápido y por eso las facciones de Lorena no habían tenido tiempo de deformarse como Pablo había creído soñar.

De hecho, cuando el cuerpo fue depositado sobre el frío hormigón del muelle, lejos de estar desfigurado parecía retener la secreta belleza de la vida, a pesar de que una potente cinta adhesiva le había producido pequeñas marcas en los pómulos, salientes y perfectos.

La luz bajo la cual el inspector había reconocido el cuerpo sí era, en cambio, tan blanca como Pablo la había imaginado, y confería a los presentes, vivos o no, el aspecto de figuras de cera, con la sola excepción del capitán, cuyo rostro se ocultaba en el puente teñido de negro por las sombras.

Poco después, varios agentes abrieron paso a la ambulancia cuyo personal médico inició enseguida un desesperado intento de reanimación. Pero seguramente —pensó el inspector encargado del caso que se había alejado del cuerpo para interrogar al que parecía ser su único testigo— ya no podría evitarse la espera hasta la llegada del juez, así como todos y cada uno de los tediosos trámites asociados al levantamiento de un cadáver.

—No, agente. Yo estaba... —el marinero, tiritando y empapado de pies a cabeza, vaciló una vez más— ...orinando. Verá, debo confesar que había bebido bastante.

Al hombre no sólo le costaba hilar las palabras, sino también las ideas.

—Creo... pero no puedo estar seguro —prosiguió—, ...primero oí pasos y ruidos, y luego algo que caía al mar desde arriba. Pero cuando pasé por allí, no vi nada; nada, hasta que me fijé en el bulto flotando...

—Una larga meada, según parece...

El inspector miró a los dos jóvenes agentes que le acompañaban, esperando una sonrisa que celebrase su ocurrencia. Pero sus hombres permanecieron serios y en silencio.

—Inténtalo de nuevo —el policía no parecía albergar muchas esperanzas de sacar algo en claro de aquel hombre de aspecto envejecido que apestaba a alcohol—. ¿Pudiste oír al menos alguna voz que te resultara conocida?

—No lo sé, puede que el ruido fuera una voz, pero no me fijé; esa es la verdad, capitán.

—No soy tu capitán, amigo —dijo condescendiente el policía.

—¿No?, pues hace un rato sí lo era, se lo juro...

—¡Que traigan un café para este hombre! —ordenó irritado el inspector.

Uno de los agentes miró a su jefe desconcertado. No sabía si debía salir del puerto en busca del líquido requerido.

—No, hombre. Suba al barco, seguro que ese siniestro capitán podrá proporcionarle uno...

—Mudy es el cocinero y es quien se encarga también del café... —dijo el capitán, que había dejado su torre para descender hasta donde se encontraba el inspector sin que éste lo advirtiera. Llevaba consigo una manta que echó por encima al marinero.

El policía se sintió incómodo por la repentina aparición, pero reaccionó con naturalidad:

—Me alegro de que esté aquí. Tal vez usted pueda sacarle algo a este hombre...

—Creo que estaba demasiado borracho para darse cuenta de lo que pasó —respondió sombrío.

Mudy apenas podía mantener los ojos abiertos, y si seguía en pie era tan sólo porque estaba apoyado en uno de los coches de la policía.

—¿No consideró la posibilidad de que la chica aún estuviese con vida? —preguntó de repente el inspector al recién llegado, mientras dirigía una mirada de desaliento hacia los médicos que parecían haberse dado por vencidos en su intento de reanimar el cuerpo.

El capitán, un hombre corpulento de algo más de cincuenta años, con un pelo negro y brillante que le llegaba hasta los hombros, y algo salvaje en la mirada, vaciló como si por primera vez considerase esa posibilidad. Luego, dijo:

—No, había pasado mucho tiempo. Al principio, cuando Mudy empezó a armar todo aquel revuelo, nadie le hizo caso; no era la primera vez que hacía algo así por la noche. Eso duró varios minutos, hasta que uno de los marineros le tiró un cubo de agua para hacerle callar.

El capitán seguía vacilando, como si se estuviera preguntando si en realidad podría haber hecho algo por la mujer.

—Cuando llegué al muelle, no había duda; ella estaba muerta... —concluyó casi en un susurro, y añadió—: Además, no hubiera podido respirar, la cinta adhesiva...

Pero no finalizó la frase porque alguien gritó:

—¡La mujer está viva! ¡Ha abierto los ojos!

La conversación se interrumpió a la vez que el médico, que acababa de dar por fracasados sus intentos, volvía hacia el cuerpo.

—No es posible... —murmuró mientras buscaba una vez más el pulso de la joven.

Los hombres corrieron hacia allí.

—Ha sido un espasmo muscular, esta mujer lleva muerta más de una hora —dijo por fin el médico, que cerró de nuevo los ojos del cadáver.

—¿Está seguro? —insistió el policía.

Entonces el capitán, que miraba tan perplejo como los demás el cuerpo de Lorena, retrocedió un paso.

Los ojos de la chica se habían abierto de nuevo, fijando tercamente en todos ellos sus muertas pupilas negras.

CAPÍTULO PRIMERO

I

YA HABÍA AMANECIDO cuando llegué al muelle de Poniente donde seguía atracado el *Marco Polo*. Me costó abrirme camino hasta el lugar en el que, tras varias horas, un furgón judicial se llevaba el cadáver de mi compañera.

La policía había empezado a retirar los dispositivos que impedían el paso y la zona comenzaba a recobrar la normalidad.

Antes de dirigirme al hombre que parecía el jefe, me detuve ante el marinero que se encontraba recostado en el asiento de uno de los coches policiales, con la portezuela abierta y un charco de vómito junto a ella.

—¡Ya lo tengo!—exclamó en ese momento con voz de resaca, como si continuara una conversación recién interrumpida.

—¿De qué se trata, amigo?—me decidí a preguntar.

—Francés, aquellos hombres hablaban francés.

—¿De veras?, ¿a qué hombres se refiere?

El sujeto en cuestión no hizo ningún caso a mi pregunta. En realidad su mente, tan perdida como sus ojos, miraba sólo hacia adentro intentando recordar.

—Uno se llamaba Jean, de eso estoy seguro.

—¡Inspector, el marinero se ha despertado!—gritó un agente mientras se aproximaba al coche. Al llegar junto a mí, me apartó de un empujón.

—¡Fuera!, ¡aquí no se puede estar!

Debido a mi condición de detective privado, estaba acostumbrado a los malos modos de la policía, pero empezaba a estar harto. A pesar de todo, intenté conservar la calma y me dispuse a sacar la documentación del bolsillo interior de mi cazadora, con tan mala suerte que, en el intento, mi teléfono móvil cayó al suelo. El policía, desconcertado, reaccionó con una violencia que no esperaba, lanzándose sobre mí con tal fuerza que los dos rodamos por el duro pavimento del muelle.

Reconozco que entonces perdí los nervios y apesté a mi oponente un enérgico puñetazo que alcanzó su enorme nariz por la que empezó a sangrar como un cerdo.

Cuatro o cinco policías acudieron en ayuda de su compañero, inmovilizándome con facilidad. A continuación, siempre boca abajo y contra el suelo, me quitaron la pistola, pisaron mi teléfono y me colocaron las esposas con las manos a la espalda.

—¿Quién es éste? —rugió el hombre que parecía estar al mando.

Las explicaciones de los agentes hicieron inaudibles mis esfuerzos por hacerme entender.

—¡Metedlo en el coche, nos lo llevamos a la comisaría con el viejo!

Los policías obedecieron encantados arrastrándome hasta el vehículo sin muchos miramientos.

Zarandeado por los agentes como si fuera un pelele, no pude evitar pisar el charco de vómito que Mudy había dejado a modo de regalo sobre el suelo del muelle. Pero lo peor fue que al caer junto a él sentí un líquido tibio, con la viscosa textura de la sangre, salpicándome el rostro.

Sin embargo, esa sangre no podía ser mía, puesto que los golpes que había recibido no habían llegado a producirme heridas abiertas. Tampoco podía pertenecer al policía con el que había mantenido la pelea, ya que el líquido que en esos

momentos resbalaba por mi cara todavía estaba caliente. La sangre debía provenir, por tanto, de otra parte.

Miré interrogante a mi mudo compañero, y entonces comprendí.

Alguien había hecho un macabro trabajo mientras la policía se ensañaba conmigo.

La sangre que me seguía salpicando salía a borbotones de la carótida de Mudy, cuya garganta había sido abierta de un tajo profundo y certero. Aún me pareció ver un último resto de vida que se alejaba de la mirada perdida del viejo marinero.

II

EL HOTEL ARTS es uno de los más lujosos de la ciudad, por eso me resultó extraño que la persona que dirigía una ONG dedicada a proporcionar un hogar a desdichadas prostitutas de la India me hubiera citado allí.

Pero lo peor era saber que iba a resultarme muy difícil tener éxito en la empresa que el jefe me había encomendado, ya que nuestra clienta había contratado, explícitamente, los servicios de *una* detective, dejando bien claro que no aceptaría a un hombre para el trabajo. La agencia, sin embargo, no disponía en esos momentos de una mujer con un perfil como el de Lorenza San Juan, ni siquiera de otro como el mío, es decir, el de alguien familiarizado con el uso de las armas.

Mientras subía en el ascensor que me conducía al piso decimoséptimo, me miré en el espejo. Tenía un fuerte hematoma en el ojo derecho y el labio superior hinchado. A pesar de todo, conservaba cierto encanto, ese que solía hacer valer con los clientes de sexo femenino y que casi siempre me daba buenos resultados.

Sin embargo, en esta ocasión no estaba nada seguro de mí mismo.

Mariana Vega era una mujer alta, casi corpulenta, que aparentaba no más de sesenta años, pero no menos. Su cabello, con un corte bastante atrevido, no medía más de dos centímetros y era de un brillante color gris. Poseía un cierto aire intelectual que le proporcionaban unas gafas redondas de moldura dorada sobre un rostro bien conservado, de labios gruesos y ojos claros y penetrantes.

Estaba alojada en una de las suites del elegante hotel barcelonés situado junto al mar, en el mismo puerto deportivo. Allí me recibió vestida con unos pantalones anchos de seda negra y una camiseta sin mangas que dejaban al aire unos brazos que se mantenían firmes y de los que seguramente se sentía orgullosa. Aunque la primavera estaba a punto de llegar, la calefacción proporcionaba al interior de las habitaciones una temperatura elevada que justificaba esa ropa, fresca y veraniega.

—Lamento lo que ha pasado —dijo la mujer invitándome a tomar asiento en la antesala que poseía la suite.

Al concertar la cita por teléfono, yo mismo le había informado de lo que le había sucedido a Mudy. También le había puesto al corriente de mi percateo con la policía.

—¿Conocía usted al cocinero?

—Desde luego. Jamás olvido una cara —declaró con cierta dureza, aunque enseguida cambió de tono—. Pero no podía imaginar algo así... ¿Usted se encuentra bien?

—Esto no me matará —dije para añadir a continuación—: Necesito que me explique qué hacía anoche Lorena en el puerto y qué fue lo que convirtió su trabajo en algo tan peligroso como para que muriera por él.

La mujer me miró tratando de averiguar si mis palabras contenían algún reproche concreto hacia ella. Luego, intentó responder con naturalidad.

—Ya sabrá que la había contratado para que me acompañase a Jaipur, en la India. Aunque había recibido varios anónimos que intentaban disuadirme de hacer ese viaje, nada me hacía pensar que pudiera haber vidas en peligro, se lo aseguro.

—Pero debe tener alguna idea de a quién le puede resultar tan molesto lo que hace... ¿Qué medicinas exactamente piensa transportar?

La mujer movió las manos con un gesto de fastidio, luego dijo:

—No pretendo ser grosera, pero no tengo por qué responder a sus preguntas. La policía ya me ha interrogado y no tengo ganas de repetir otra vez lo mismo.

Me di cuenta de que me había encontrado con dificultades antes de lo previsto, pero pensé que tal vez era mejor así.

—Tiene razón, no tiene por qué hacerlo. Pero no sé si se da cuenta de que mi compañera acaba de morir —mi tono era firme a propósito— y yo no puedo hacer como si eso no hubiera sucedido. Es mi obligación averiguar qué le pasó.

Hice una pausa antes de continuar con un énfasis especial:

—Pero incluso si no lo fuera, incluso si no estuviera profundamente afectado por su muerte injusta y terrible, igual estaría aquí, importunándola con mis preguntas. Responderlas es lo menos que puede hacer por esa chica que estuvo viva hasta que empezó a trabajar para usted.

La mujer no pareció impresionada por mis palabras, pero se tomó un tiempo antes de responder.

—¿Eso significa que su agencia está dispuesta a seguir con el caso?

—¡Desde luego! Pero tendrá que conformarse conmigo...

La mujer se puso de pie y encendió un cigarrillo. Dio un par de caladas mientras paseaba, reflexiva, por la habitación.

—¿Estaría usted dispuesto a embarcar mañana mismo? —dijo por fin.

—¿Mañana? —repetí sorprendido.

Acababan de dar las doce, así que en realidad, *yw* era mañana.

—Estoy dispuesta a seguir con su agencia y, si no hay otro remedio, con usted; pero sólo si mantenemos el calendario previsto. Esas medicinas tienen fecha de caducidad. Si seguimos con los retrasos, es posible que cuando lleguen a su destino ya no sirvan para nada, y hay cientos de mujeres que no pueden esperar.

—No sé si será posible lo que quiere; todo depende de la policía...

—¿Sí o no? —me interrumpió tajante.

Pensé que no tenía ganas de seguir viendo al inspector y a sus irascibles mossos d'esquadra. Y puede que aquella mujer tuviera razón. Si el barco no salía de Barcelona inmediatamente, era posible que no pudiera hacerlo en semanas.

—¿A qué hora? —pregunté como respuesta.

Mariana pareció satisfecha.

—Venga conmigo, tenemos que hablar con el capitán. Espero que con todo este jaleo no se haya vuelto atrás.

La mujer desapareció en el fondo de la suite reapareciendo a los pocos minutos con un bolso y una chaqueta.

III

UNA ESPESA BRUMA cubría la amplia zona que ocupaba el puerto de Barcelona, con sus inmensos muelles orientados a los cuatro puntos cardinales en los que parecía imposible no extraviarse. Por eso, el taxi en el que viajaba con mi nueva clienta tardó en dar con la borrosa silueta del *Marco Polo*, a pesar de que una de sus grúas trabajaba incansable en el desembarco de grandes cajas de madera que iba depositando sobre el hormigón del muelle.

Mariana no esperó a que el coche se detuviera por completo y corrió hacia el barco ordenando con energía la interrupción de los trabajos. Los operarios, desconcertados, detuvieron su actividad.

Sin que tuviera tiempo de reaccionar, la vi dirigirse a la empinada rampa de madera que daba acceso al barco. Un potente foco iluminaba la zona donde se estaban llevando a cabo los trabajos, pero dejaba en penumbra la pasarela por la que ella ascendió con notable agilidad. El capitán del *Marco Polo* apareció de entre la bruma, interponiéndose en su camino.

Ella no se arredró.

—¿Se puede saber qué significa esto? —bramó ante los hombres que observaban la escena con curiosidad.

El capitán, ignorándola, se dirigió con voz de trueno a sus marineros.

—¿Quién ha ordenado que se interrumpa el trabajo?

De entre las cajas surgió confuso el oficial al mando, un hombre rubicundo de aspecto añorado que, sin embargo, no era tan joven como a primera vista parecía. Casi al instante, la grúa volvió a ponerse en marcha y Mariana se enfrentó de nuevo al capitán.

—¿Quiere decirme qué está haciendo? ¡Todavía tenemos un contrato! —dijo desafiante.

—No estoy dispuesto a retrasar mi salida por usted. Acepté sus malditos medicamentos por hacerle un favor, pero eso ahora se ha acabado; en cuanto al contrato, puede hacer con él lo que le plazca.

—¡Vuelva a subir mis cajas inmediatamente! —ordenó Mariana—. ¿Quién le ha dicho que no puedo partir mañana?

—Me temo que la policía se lo impedirá. No sé qué pasa con usted y su organización, pero no quiero verme involucrado. Esto ya le ha costado la vida a uno de mis hombres. No quiero más problemas, ¿lo entiende?

Observé que, además de los marineros de rasgos orientales que trabajaban en el desembarco de la mercancía y del oficial que dirigía la operación desde tierra, otras personas habían ido apareciendo en cubierta, atraídas por la discusión. Una de ellas era una mujer joven que se cubría con un enorme chal negro y que miraba la escena con más temor que curiosidad.

Apoyado sobre una de las escotillas en actitud distante, un hombre sin uniforme al que no podía ver la cara echaba entrecortadas bocanadas de humo desde su pipa. No muy lejos de él, dos individuos más, uno alto y fuerte, y otro muy menudo, intercambiaban entre sí miradas de divertida complicidad.

—¿Tiene alguna orden concreta de la policía o de algún juez que me impida partir en su barco?, ¿o es que tiene tanto miedo que no le importa que se pierdan todas esas medicinas sin cumplir su cometido?

Mariana, inmóvil en medio de la pasarela, parecía dispuesta a hacer lo que fuera para lograr su propósito.

—Muchas personas se han esforzado para que esas cajas lleguen a tiempo —añadió—. Mucha gente ha dejado en esto su esfuerzo, su dinero y, como sabe perfectamente, también su vida; todo para salvar a personas inocentes. ¿Es que eso no significa nada para usted?

El capitán guardó silencio unos momentos, luego dijo:

—Si vuelvo a tener el menor problema, no dudaré en dejarla en tierra con sus cajas...

Mariana, satisfecha, no respondió, pero el capitán sí tenía algo más que decir y lo hizo en voz muy alta:

—Y le advierto una cosa más. En este barco hay una sola persona que da las órdenes. Y le voy a dar una que no pienso repetir: no vuelva a dirigirse a mis hombres nunca más, ¿lo ha entendido?

Tras decir estas palabras, el capitán se perdió en el interior del barco.

